

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

“Les suplico que muestren el honor y la reverencia más grandes posibles al Santísimo Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, por Quien todas las cosas, en el cielo y en la tierra, han sido reconciliadas y llevadas a la paz con Dios Todopoderoso”.

—San Francisco de Asís



Te adoramos, Altísimo Señor Jesucristo

En 1223, durante los días previos a la Navidad, San Francisco de Asís se encontraba en Greccio, en el valle del Rieti. Había comentado su deseo de hacer una representación viviente del nacimiento de Jesús en Belén. “Quiero presenciar con los ojos del cuerpo la humildad de la Encarnación y verle recostado en el pesebre, entre el buey y el asno.”

Y puso manos a la obra: construyó en la ermita una especie de cueva e invitó a los campesinos de la región a asistir con sus familias, especialmente los niños. Les pidió que trajeran también a sus animales.

San Francisco actuó como diácono en la Misa de medianoche —él nunca fue sacerdote, recibió el diaconado por mandato del Obispo— y predicó sobre el misterio de la Navidad. Cuentan que en esa ocasión, cuando el sacerdote celebrante elevó la Hostia Santa después de la Consagración, todos los niños y sus padres pudieron ver al Niño Jesús en la Hostia y se congregaron alrededor del Rey Recién Nacido para ofrecerle su amor y su adoración, tal como los ángeles y los pastores hicieron en esa primera Noche de Navidad en Belén.

Francisco amó a Cristo y Su Iglesia de manera excepcional y, por supuesto, a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento del Altar.

Cada vez que pasaba delante de una iglesia, San Francisco hacía que sus hermanos se postraran con él para adorar la Presencia Viva de Jesús en la Eucaristía y proclamar: “Te adoramos, Altísimo Señor Jesucristo, aquí y en todas las Iglesias del mundo entero, porque por



Tu Santa Cruz redimiste al mundo.”

Nuestro santo escribió frecuentemente en sus cartas acerca de la Presencia Real del Señor. Él decía: “En este mundo no puedo ver al Altísimo Hijo de Dios con mis propios ojos, excepto por Su Santísimo Cuerpo y Sangre”, y también: “¡Tiemble el hombre entero, que se estremezca el mundo entero, y que el cielo exulte, cuando sobre el altar, en las manos del sacerdote, está Cristo, el Hijo del Dios vivo!



¡Oh admirable celsitud y asombrosa condescendencia! ¡Oh humildad sublime! ¡Oh sublimidad humilde, pues el Señor del universo, Dios e Hijo de Dios, de tal manera se humilla, que por nuestra salvación se esconde bajo una pequeña forma de pan! Ved, hermanos, la humildad de Dios y derramad ante él vuestros corazones (Sal 61,9); humillaos también vosotros para que seáis ensalzados por él” (CtaO 26-28).

Pero Francisco amaba con la misma reverencia a los sacerdotes. Una vez, cuando alguien le contó que un sacerdote vivía abiertamente con una mujer y alguien le preguntó si la Misa estaba contaminada, San Francisco se acercó al sacerdote, se arrodilló ante él y besó sus manos — porque esas manos habían sostenido a Dios.

Mandaba a sus frailes predicar al pueblo sobre la importancia de recibir a Jesús Sacramentado: “Y en toda prédica que hagan, amonesten a la gente en lo que concierne al arrepentimiento y que nadie podrá salvarse sino aquel que reciba el Santísimo Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor. Y cuando Él sea consagrado en el altar por el sacerdote o trasladado a algún lugar, que toda la gente se ponga de rodillas y rinda alabanzas, gloria y honor al Verdadero Señor y Dios Vivo.”

«El Cuerpo del Señor»

(Admonición de San Francisco de Asís sobre la Presencia Real de Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar)

«Dice el Señor Jesús a sus discípulos: Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie llega al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais, por cierto, también a mi Padre; y desde ahora lo conoceréis y lo habéis visto. Felipe le dice: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Le dice Jesús: Tanto tiempo llevo con vosotros, ¿y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también a mi Padre (Jn 14,6-9).

»El Padre habita en una luz inaccesible (cf. I Tim 6,16), y Dios es espíritu (Jn 4,24), y a Dios nadie lo ha visto jamás (Jn 1,18). Y no puede ser visto sino en el espíritu, porque el espíritu es el que vivifica; la carne no es de provecho en absoluto (Jn 6,63). Ni siquiera el Hijo es visto por nadie en lo que es igual al Padre, de forma distinta que el Padre, de forma distinta que el Espíritu Santo.

»Por eso, todos los que vieron según la humanidad al Señor Jesús y no lo vieron ni creyeron, según el espíritu y la divinidad, que Él era el verdadero Hijo de Dios, quedaron condenados; del mismo modo ahora, todos los que ven el sacramento, que se consagra por las palabras del Señor sobre el altar por manos del sacerdote en forma de pan y vino, y no ven ni creen, según el espíritu y la divinidad, que es verdaderamente el Santísimo Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, están condenados, como atestigua el Altísimo mismo, que dice: Esto es mi cuerpo y la sangre de mi nuevo testamento, que será derramada por muchos (Mc 14,22.24); y: Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna (cf. Jn 6,55).

»De donde, es el espíritu del Señor, que habita en sus fieles, el que recibe el Santísimo Cuerpo y Sangre del Señor. Todos los otros, que



... una visión tan profunda del misterio eucarístico incluye necesariamente un respeto patente, una exquisita reverencia a todo cuanto tiene alguna relación -lejana o inmediata- con Cristo Eucaristía. Me refiero al culto de san Francisco a las palabras de la Consagración, a los vasos sagrados y al decoro de las iglesias (Testamento). La fe y el amor deben manifestarse visiblemente, de acuerdo con nuestra naturaleza de espíritus encarnados. Así, los signos externos vendrán a ser apoyo válido y vivo de la fe misma. Aquí, la creatividad franciscana debería inventar nuevos modos de expresión para llevar de nuevo al hombre de la época técnica a encontrarse más sentidamente con Cristo eucaristía, sacerdote eterno, víctima de amor y hermano nuestro primogénito.

(Tomado de *Selecciones de Franciscanismo*, vol. VI, n. 17 (1977) 188-199.

no participan de ese mismo espíritu y presumen recibirlo, se comen y beben su propia sentencia (cf. I Cor 11,29).

»Por eso, ¡oh hijos de los hombres!, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? (Sal 4,3). ¿Por qué no reconocéis la verdad y creéis en el Hijo de Dios? (cf. Jn 9,35). Ved que diariamente se humilla (cf. Flp 2,8), como cuando desde el trono real (Sab 18,15) descendió al seno de la Virgen; diariamente viene a nosotros Él mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote. Y como se mostró a los santos apóstoles en carne verdadera, así también ahora se nos muestra a nosotros en el pan consagrado. Y lo mismo que ellos con la vista corporal veían solamente su carne, pero con los ojos que contemplan espiritualmente creían que Él era Dios, así también nosotros, al ver con los ojos corporales el pan y el vino, veamos y creamos firmemente que es Su Santísimo Cuerpo y Sangre vivo y verdadero.

»Y de esta manera está siempre el Señor con sus fieles, como Él mismo dice: Ved que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (cf. Mt 28, 20)».